

99: +

# el 13.000

13.000

Fortuna

Josita  
**HERNÁN**  
Rafael  
**DURÁN**

Argumento diálogos  
y cantables  
**JOSE CASIN**



PRODUCCION NACIONAL





Josep de Batlle y Argués



E L 1 3 . 0 0 0





PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN



# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

SÉRIE PRODUCCIÓN NACIONAL

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

## El 13.000

Sentimental asunto de gran éxito  
Argumento, diálogos y cantables de  
JOSE CASIN

Música del  
Mtro. FIDEL DEL CAMPO

Dirección  
RAMON QUADRENY

Supervisión  
J. LOPEZ VALCARCEL

Jefe de Producción  
BENITO LOPEZ RUANO

Es una realización  
LEVANTE FILMS S. L.

Distribución general:  
LUIS MARTINEZ

Bailén, 16 — Alicante

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



PRINCIPALES INTERPRETES:

JOSITA HERNAN

RAFAEL DURAN

con

MARTA FLORES



# E 1 1 3 . 0 0 0

---

## Argumento de la película

---

Apretó más el acelerador. Rodaba a noventa kilómetros por hora y todavía le parecía poco. Estaba haciendo tarde. Le estaba esperando ya, sin duda, en el campo de aviación toda su compañía. Y él daba el mal ejemplo de llegar tarde. Era preciso volar, volar por tierra, que era más difícil que volar por el aire.

En el campo de aviación, como pensaba muy bien Fernando, toda su compañía le esperaba.

Muchos aparatos habían ya despegado y trazaban en el aire sus piruetas; pero la escuadrilla que mandaba Fernando estaba en tierra, y al pie de cada avión el aviador, rígido y severo, esperando a su capitán.

—Llega tarde... como todos los días — murmuró uno de los oficiales cuando distinguió a Fernando avanzando hacia ellos, a medio vestir, abrochándose la cazadora—. Hasta que se entere el teniente coronel y le caiga un arresto de temporada veraniega.

—No sé cómo puede llevar esta vida... Apenas duerme... — añadió otro.

Y Enrique, otro oficial que era gran amigo de Fernando, replicó, riendo:

—¿Aviador y con dinero?... ¡El amo del mundo!...

—¡Sssssh!... Ya está aquí—surró otro de los aviadores, cuadrándose, para que el capitán no tuviera que regañarle.



Fernando pasó revista a sus oficiales con mucha seriedad. Estaba un poco fatigado, pero en cuanto llegaba al campo de aviación ya se le había olvidado la fatiga. Cuando cruzó frente a Enrique sonrió y le hizo un guiño picaresco, al que Enrique, con mucho disimulo, correspondió, porque él aprobaba la vida licenciosa y de diversión constante que llevaba su amigo. ¡Dichoso él que podía hacerla!

—¡Atención! — gritó Fernando a su compañía, contento del examen que de ella había hecho—. ¡Vuelo de reconocimiento sobre la capital! ¡A los aparatos!

Deshízose la formación y cada aviador se aprestó para subir a su aparato y cumplir las órdenes que acababa de recibir. Fernando se acercó a Enrique y le dijo en voz baja:

—Cualquier día me estrello por esas carreteras... Hoy he llegado a los ciento diez.

—¿Qué...? ¿Algún plan nuevo? —preguntó Enrique, malicioso.

—No, es la misma... pero...

—¡Ay, Fernando, qué mal te veo! — exclamó Enrique, sonriendo.

—Luego te contaré... es muy interesante...

—Siempre serás el mismo.

—Y siempre seré feliz... ¡Vamos!

Subieron a sus aviones y después de la trepidación del motor y de haber tocado una serie de resortes misteriosos para cualquier profano, pero que a ellos les eran familiares, despegaron majestuosamente y se remontaron en el aire en perfecta formación, perdiéndose en la lejanía como una bandada de golondrinas.



\* \* \*

En el firmamento, el trepidar de los motores... Abajo, en las calles, el estrépito de la ciudad, de la ciudad bullanguera y clamorosa, de la ciudad agitada y turbulenta, de la ciudad de los pregones, de las carcajadas, de las prisas, de los empujones...

—Vendo cerillas... Cerillas, a cinco...

—Hojas de afeitar... Dos un real... Hojas, hojas, las mejores...

—Piedras, para mecheros piedras...

Y los transeúntes pasando y repasando sin hacer caso de los vendedores ambulantes, y los tranvías con el tintineo de sus campanas, y los "claxons" de los autos ensordeciendo, y los motores de las motocicletas soltando estampidos de terremoto... La ciudad, la ciudad con todos sus ruidos y con todo su agitado vivir...

—Cerillas... vendo cerillas... ¡A cinco!—gritaba "Pitusa", una mocilla de siete años a lo sumo, que

llevaba colgada del cuello una gran caja en la que exhibía las cerillas y algún paquete de tabaco—. Compreme usted una caja, señorito... Lleve tabaco...

—¿A cuánto? —preguntó el señorito, deteniéndose un momento, tentado por el tabaco, que escaseaba en las expendedurías.

—A su precio... y la voluntad —replicó la chiquilla, que no quería pasar por estraperlista.

El ruido de los motores de los aviones le hizo levantar la cabeza a la niña.

También se quedó contemplando el vuelo sereno y preciso de los pájaros de acero otra chiquilla, mayor que Pitusilla, quince, dieciocho años a lo sumo, que les fué siguiendo con los ojos, siguiendo hasta que se perdieron entre unas nubes.

—¡Me gustaría volar! —suspiró la mayorcita, que era una vendedora de décimos de la lotería.

Y otra vendedora de tabaco y cerillas, una mujerona ajamonada



ya, con cara fresca y francota, replicó asustada:

—A mí no, hija... Se cae uno y se estrella... “Pa” otro ese postre...

—Yo sueño muchas veces que tengo alas y que vuelo por encima de los tejados.

—¿Los sábados también?

—No sé... también...

—Pues es el día que vuelan las brujas — dice la vieja vendedora, mirando a la chiquilla de soslayo.

—Es raro... porque no me la he “encontrao” a usted nunca — replica María con aplomo.

—Pues ten “cuidao”... que el mejor día me encuentras... ¡con ésta! — le gritó la otra, amenazándola con la mano.

Pero ya María había huído lejos, metiéndose entre la multitud, voceando sus décimos:

—¡El de la suerte!... ¿Quién quiere el de la suerte?... ¡Un once mil!... Cómpreme uno, señorito... ¡El de la suerte!... ¡Veinte mil dudos!... ¡“Pasao” mañana sale!... ¡No queda más que éste! — gritaba María, desgañitándose, sin que nadie la hiciera caso.

—Cerillas, vendo cerillas... — iba diciendo Pitusilla, que siempre andaba rondando a María, como si tuviera que darle a ella también la suerte, sin comprar billetes de lotería.

—¿A cómo las vendes? — preguntó una mujer, parando a la nena.

—A su precio... y la “propi” que “usté” quiera darme.

—¿Son buenas?

—De las que encienden... y arden... yo las he “probao”.

—Pues dame media docena, anda — dijo la mujer, comenzando a manosear las cajas y a mirarlas por todas partes.

—“Toas” son igual — dijo “Pitusilla”, impacientándose—. No hay que escoger tanto... ¡Ni que fueran tomates!...

—Calla, “descará”... y toma, ahí tienes — replicó la mujer, tomando las cerillas y pagando la compra.

“Pitusilla” contó lo que le había dado, puso mal gesto y gritó:

—¡Tía roñosa!...

—¿Qué te pasa, “peque”? — le preguntó María que había oído la exclamación.

—“Ná”... una “potentá”, que por seis cajas de cerillas me ha “dao” cinco de “propi”... y me ha “sobao” toda la mercancía...

—Las hay desaprensivas... Pero no te apures...

—¡Si no me apuro! — exclamó “Pitusilla” con un gesto pícaro—. ¡Si ya me había “cobrao” yo la



propina sacando cinco cerillas de “cá” caja!

Soltó María una carcajada, y luego le dijo, con una formalidad que contrastaba con su cara de picaruela:

—Que no faltes a casa la maestra, ¿oyes? Tú eres lista y quiero que aprendas mucho, porque los pobres debemos de aprender “pa” salirnos un día de esta miseria...

—Cuando tú lo dices será “verdá” — replica la pequeña mirando con admiración a su compañera—, porque tú eres muy sabia y muy buena... Y ahora me voy a vender cerillas, “pa” ganar unas perras... ¡Cerillas... llevo cerillas... cerillas! —gritó la chiquilla entre la muchedumbre.

Y María voceó también la mercancía, persiguiendo a los transeúntes:

—El de la suerte... ¡el siete mil! ¿Quién quiere la suerte?... ¿Quiere uno, señorito? — preguntó a un joven que estaba apoyado en una farola esperando a alguien.

—Déjame en paz y no me molestes—contesta éste con gesto hosco y avinagrado, porque no está de buen humor.

María se lo mete en el bolsillo de la chaqueta con un gesto gracioso,

y haciendo un guiño le dice, traviesa:

—¡Quédeselo, señorito!... ¡No desprecie la suerte!... Mire... se va solo a su bolsillo...

—Te he dicho que no me molestes más... ¡Cuando se acabará esta plaga! — murmura el desconocido, impacientándose.

—Cuando “usté” no tenga que comer, tío feo — replica María con gesto de disgusto, porque ella no vende por capricho décimos de la lotería, sino por pura necesidad.

—¡Te daba así!... — amenaza el transeúnte, levantando la mano.

María no se asusta, le mira fijamente y le dice con su gesto de chica de la calle, desgarrado y lleno de desenfado:

—¡Qué fino!... Ya se conoce que “s’ha educao usté” en un colegio de pago... ¡Miauuuu!

Y echa a correr antes de que le caiga un tortazo, porque ahora sí que el hombre ha levantado la mano con intención de descargar un golpe sobre la chiquilla. María es ligera y se pierde entre la muchedumbre, gritando:

—¡El cuatro mil!... ¡El de la suerte!... ¡Sale pasado mañana!... ¡El de la suerte!



\* \* \*

Ante la mesa del restaurante nocturno, repleto de concurrencia elegantísima, charlan con animación Elisa, Enrique y dos amiguitas más. Hay una silla vacía que no cabe duda está esperando a otro comensal, y tarda en llegar el que es tan esperado; tarda, porque Elisa mira con impaciencia ya a su diminuto reloj de pulsera, ya a la puerta de entrada, para ver si llega, por fin, el único hombre que le interesa a ella.

Por fin llega: es Fernando, el compañero inseparable de Enrique, el capitán aviador, galante y guapo, rico y afortunado, al que pocas mujeres se le resisten y del que Elisa está locamente enamorada.

—Te guardábamos el sitio y te esperábamos con impaciencia — dijo una de las señoritas con irónica intención, mirando a Elisa—. Eres el imprescindible...

Fernando dió la mano a todos, sonrió a Elisa y se sentó a su lado, muy cerca de ella.

—No hay nada mejor que ir con chicas guapas y solteras por el mundo, para que los pollos acudan como las moscas a la miel — dijo Elisa, refiriéndose a sus dos amiguitas.

—No solamente son guapas las solteras... Hay casadas que merecerían no serlo para podérselo decir... — murmuró Fernando, mirando fijamente a Elisa.

El anunciador, a través del micrófono, dijo en aquel momento:

—La orquesta va a ejecutar el fox "Piensa, mujer...."

—Elisa — dijo Fernando, levantándose —, este fox lo tienes que bailar conmigo.

Y enlazados por el talle, salieron a la pista de baile, a tiempo que la orquesta preludiaba el fox y que el tenor, a media voz, con muy buena escuela y mucho sentimiento, cantaba dulcemente:



Bella mujer,  
 en ti yo puse mi ilusión,  
 por ti mi sangre siento arder  
 y de pasión vibrar mi ser.  
 Piensa, mujer,  
 sólo la dicha de vivir,  
 es un momento de placer  
 y recordar el dulce ayer.  
 Besar en tus labios  
 de grana encendidos,  
 dejar mis deseos  
 en ellos prendidos.

Bella mujer...  
 Rompe el silencio  
 mis ojos de dulce querer,  
 hablan por ellos  
 mis labios de ardiente pasión.  
 Tiempo que escapa  
 ya nunca más vuelve, mujer,  
 y en un momento  
 se muere también la ilusión.  
 Piensa, mujer...

Fuertemente enlazados bailaban  
 el fox los dos amantes, olvidados  
 un poco de cuanto les rodeaba,  
 aprovechando aquella oportunidad  
 para charlar íntimamente. ¡Eran  
 tan contados los momentos en que  
 podían hacerlo!

—Fernando, no me gusta que

hagas en tu aparato las evoluciones  
 que hiciste ayer. Hubo un momen-  
 to que creí que te estrellabas... —  
 decía Elisa, mirando fijamente a  
 las pupilas de su amado.

—No tengas miedo... Si yo es-  
 tuviera tan seguro de tu cariño, me  
 consideraría el hombre más feliz  
 de la tierra... Dice bien la canción...  
 “la vida es un momento de pla-  
 cer”...

—La vida es ilusión... y debe-  
 mos procurar que ésta no muera  
 nunca.

—“Déjame besarte, mujer...” —  
 cantó Fernando, muy quedo, al oí-  
 do de Elisa, atrayéndola más fuer-  
 temente hacía sí.

Elisa le apartó sin enojo, un tan-  
 to asustada de la osadía del avia-  
 dor, y le dijo, sonriéndole para no  
 ofenderle:

—Cuidado, Fernando... que te  
 insinúas demasiado...



\* \* \*

En la calle, esperando la salida de los clientes del restaurante, aguardaba todo ese pequeño mundo de vendedores ambulantes que tienen la intuición del lugar donde pueden ganar dinero. Allí estaban “Pitusilla” y María, la vieja vendedora de cerillas, el chiquillo que se precipita a las portezuelas de los coches en busca de la “propi”, el vendedor de periódicos, toda esa multitud de desheredados de la fortuna que han de hacer la vida de noctámbulos para ganarse la miseria de unos céntimos.

María, apoyada en un farol, con gesto de fatiga, charlaba con la vieja vendedora de cerillas:

—¡Le digo a “usté” que hay días fatales!... Hoy ha sido “pa” mí un día de alpagata...

—¿Y eso qué “quíé” decir?

—¡Jesús, qué inculta es “usté”! —exclamó María que se las daba de marisabidilla.

—Pues no sé que te sirva de mucho a ti leer “toos” esos libros que

lees... ¡“pa” vender lotería no se necesita mucha instrucción!

—Siempre es bueno saber.

—Bueno... ¿pero me “quíés” decir qué significa eso de la alpagata?

—¡Pues un día pobre!... Que no he vendido casi “ná” y he “gritao” más que nunca...

—Pues yo no me puedo quejar... He “burlao” tres veces a los guardias... ¡y lo que he “disfrutao”!

—A mí me gustan los negocios claros — replica María. Y viendo que hay movimiento a la puerta de entrada del “cabaret”, se adelanta presurosa y ofrece:

—Un capicúa... de los que tocan... cómpremelo, señorito... un capicúa...

El caballero no le hace caso y la chiquilla se queda con un gesto desconcertado.

—¡Le digo a usté...! — murmura. Y sigue su conversación—. Pues como le decía, a mí me gus-



tan los negocios claros. Ya lo dice este libro que estoy leyendo: “¡Qué bien se duerme cuando la conciencia no nos acusa!”.

—A mí la conciencia no me acusa... la que me acusa es la Petra, esa envidiosa, que como yo la pille por mi cuenta va a saber quién soy yo...

—¡El de la suerte!... ¡El de la suerte! — grita María, viendo bajar de un coche a un joven acompañado de dos señoritas—. ¡Un capicúa!... ¡Sale mañana!

—Hay cerillas... tabaco y cerillas... — ofrece “Pitusilla”, que siempre va a la zaga de María.

No les hacen caso y, charlando y riendo, en su felicidad de gentes acomodadas, que no conocen ni comprenden lo que es la miseria, entran en el “cabaret”.

María da un suspiro y pone una carita acongojada.

—¡No hay peor sordo que el que no quiere oír!.... — murmura.

—¡Ni comprar! — añade “Pitusilla”, bajando la cabecita con tristeza.

Como ya no es probable que lleguen más clientes, porque ya debe de ser muy tarde, María se acerca con cautela a uno de los grandes ventanales por los que sale a chorros la luz del salón restaurante, y atisba por entre las cortinas, con

unos ojos asombrados, ávidos, ilusionados:

—¡Qué lujo!... ¡Y qué bien bailan!... ¡Con lo que a mí me gusta el baile!... ¡Mira, mira qué bien baila aquella pareja! — dijo a “Pitusilla”, que estaba a su lado.

—¿Cuál? — preguntó la niña, poniéndose de puntillas para ver mejor.

—La del aviador... Ella es muy guapa... pero debe de ser más antipática... — dice María con un gesto de desprecio—. Todos los días vienen a este salón... ¡Qué buen tipo y qué elegante está él con su uniforme! ¡Si yo fuera hombre, sería aviador!

—¡Tú siempre por las nubes! — exclama la vieja vendedora con aire de superioridad, como si sintiera compasión hacia aquel espíritu que tenía alas y que se despegaba de la tierra en sus sueños de ilusión y de esperanza.

Fernando acompañaba en aquel momento a la mesa a Elisa, porque el baile ya había terminado.

—El próximo baile lo bailaré con Enrique — le dijo ella—, así despistaremos mejor.

—¿Tienes miedo?... El amor que no desafía el peligro no es amor.

—¿Es que vas a dudar de mi



cariño?... ¿Olvidas que soy una mujer casada?...

—Tienes razón, Elisa, no temas. Sé a lo que te expones y sé también que Fernando Peña no falta jamás a su caballerosidad — replicó el aviador, oprimiendo ligeramente el brazo de su compañera.

—¡Ya la ha dejado sentada ante la mesa! — suspiró María, que seguía atisbando por la ventana—. ¡Tanto cómo me gusta verles bailar!... ¡El once mil! — gritó de pronto, dirigiéndose a los grupos que comenzaban a retirarse del “cabaret”. — ¡El once mil!... ¡El de la suerte!

—Piedras, para mecheros piedras...

—Vendo cerillas... cerillas y tabaco...

Los vendedores se disputaban el puesto cerca de los clientes, pero la que más voceaba era María con su once mil.

—Oye, “peque” — le dijo un señorito que salía del baile—, dame tres décimos, a ver si es verdad lo del refrán...

—¿Qué refrán, señorito? Porque yo sé muchos — dice la “peque” mientras parte los décimos de la lotería.

—¿Sí?... Pues a ver si aciertas el mío.

Precipitadamente, como quien recita de memoria una lección bien aprendida, María fué diciendo refranes:

—Quien mal anda mal acaba; mal de muchos consuelo de tontos; dime con quién andas y te diré quién eres; haz bien y no mires a quién; júntate con buenos y serás uno de ellos; más vale pájaro en mano que ciento volando...

—Se te olvida el más vulgar de todos — interrumpió el señorito—. Desgraciado en amores...

—...afortunado en el juego — terminó María, que también conocía aquel refrán.

—Pues eso me pasa a mí... Acaban de darme calabazas y quiero probar la suerte.

—Pues tenga usted... ¡y que sea “verdá”!

María corrió hacia otro posible cliente, pero esta vez se acercó a él con más finura, con más gracia, con más simpatía, porque el que acababa de salir del “cabaret” y esperaba la llegada de su coche era el aviador, aquel aviador que María admiraba todas las noches por entre las cortinas del gran ventanal del salón restaurante.

—Señorito... cómpreme usted uno — le dijo, mostrándole sus décimos.



—No, gracias, no juego nunca a la lotería... tengo mala suerte.

—¡Claro, porque es usted afortunado en amores! — replicó María, volviendo el refrán a la inversa.

—¿Y cómo sabes tú que soy afortunado en amores? — preguntó Fernando, sonriendo y mirando con simpatía a la pequeña.

—Porque le veo todas las noches con una señorita muy guapa que le mira que “paece” que “quíe” comérselo... ¡Pone los ojos así! — replicó, haciendo un graciosísimo gesto de mujer fatal.

—Tiene gracia... ¿Y desde dónde has visto tú eso?

—Desde la ventana... Todas las noches le veo y me he “dao” cuenta de que baila “usté” mejor que ella... El miércoles “pasao, usté” no vino... ella sí, pero se marchó en seguida... ¡Cómpreme “usté” uno, señorito!... ¡Ande, “pa” que no le toque! — suplicó María con castiza gracia.

—Para que no me toque no juego...

—Si no le toca es prueba de que ella le sigue queriendo... y si le toca...

—Eres graciosa y lista — dijo Fernando, sin dejar de sonreír y de

mirar a aquella chiquilla de aire desenfadado, de mirada inteligente, de cara picaresca y de boca grande y sonriente—. Dame dos décimos... a ver qué decide la suerte.

—¿“Ná” más que dos?

—Nada más... Y te los compro porque eres muy graciosa.

—Tome “usté”... de ese treinta y siete que no sale nunca...

—Está bien... toma... lo que sobre para ti — dijo el aviador, entregándole una cantidad y subiendo a su coche rápidamente.

—¡Muchas gracias, señorito! — exclamó María, contentísima.

—¡Adiós, guapa!

—¡Y ojalá le toque!... ¡“Pa” que no le quieran!... — gritó María, viendo como el coche se alejaba por la calle iluminada a trechos por las farolas eléctricas. Y cuando ya hubo desaparecido, suspiró. — ¡Qué bien le sienta el uniforme!... ¡Se parece al protagonista de esta novela que estoy leyendo!

—¿Qué, se ha “arreglao” el día? — le preguntó la vieja vendedora con un poco de malicia.

—Me “paece” que sí... ¿Ha visto “usté” al aviador? ¡Me ha “hablao”!... Es igual que el protagonista de esta novela, cuando salva



a la hija del jardinero de las garras del vampiro...

María se quedó mirando al cielo, soñadora, dejando que su imaginación volara más arriba de las nubes, hacia los espacios siderales

en donde se perdía su espíritu divagador y romántico, mientras "Pitu-silla" y la vieja vendedora iban gritando su pregón:

—Cerillas... vendo cerillas...

—Hay cerillas y tabaco...



\* \* \*

—¡Cómo tarda esa “condená”!  
—comentaba la madrastra de María, mientras fregoteaba los platos en el fregadero de la cocina y la vecina que había venido a hacerle compañía desgranaba unos guisantes sobre la mesa.

—Estará leyendo alguna novela de esas sentada debajo de un farol — replicó la vecina.

—Esa, el día que yo me muera, será una “desgraciá”... — murmuró Francisca con ira mal contenida.

María entreabrió en aquel momento la puerta, escuchó las últimas palabras de la madrastra, miró a la vecina con una mirada interrogadora, y ésta le hizo señal de que buena le esperaba por llegar a aquellas horas.

María, medrosa, hizo la señal de la cruz, escondió su novela debajo de la chaquetilla que le cubría el cuerpo y entró en la cocina dispuesta a soportar el chaparrón como Dios le diera a entender.

—Buenas noches, tía, ya estoy aquí — dijo tímidamente.

—¡Ya era hora!... ¡Las once y media!... ¡Como los señores!... Y aquí la “criá” esperando “pa” ponerle la mesa a la señorita... ¡Si no fuera porque vale dos reales, te lo tiraba a la cabeza! — gritó Francisca, amenazándola con el plato que estaba lavando.

—Un poco menos... — murmuró María.

—¡No me contestes!...

—Si no le contesto... Quería decir que vale un poco menos el plato.

—¿Lo has “vendió tó”? — preguntó Francisca, acercándose a ella mientras se secaba las manos para poder coger mejor el dinero que la pequeña le entregara.

—No señora... ¡ni mucho menos!

—Vamos a ver lo que has “vendió”... Llevaste treinta y cinco céntimos... ¡y sólo has “vendió” quince! ¡Menos que ningún día! Claro, te pasarás las horas muertas leyendo. Pero... ¿“pa” qué lees tanto?

—“Pa” instruirme y salirme al-



gún día de esta miseria — replicó María con gran seriedad—. No molesto a nadie con leer, lo hago cuando no tengo “ná” que hacer...

—Bueno, “tiés” que darme sesenta pesetas y las “propis”—dijo la tía, avanzando la mano con gesto codicioso.

—Tome “usté”... sesenta pesetas y siete de propina... He “sacao” nueve pesetas y media, pero he “pagao” diez reales a la maestra—dijo María, dando las cuentas exactas a su madrastra.

—¡Diez reales, “condená”!... ¡Y me lo dices a mí!

—Yo no sé mentir ni tengo “pa” qué hacerlo.

—¡Pues se acabaron las lecciones, “condená”!

—Pues se acabó la venta — replicó María, enérgica.

—¡Deslenguada! — gritó Francisca como una fiera, queriendo abalanzarse sobre la chica.

—¡No me pégue “usté”, que ya soy mayor!... ¡Suélteme, que me hace daño! — gritó María, forcejeando con fuerza y logrando desprenderse de la mano que la atenazaba el brazo.

—¡“Recondená”, así te murieses de una vez y me quedaría yo tranquila!... ¡Valiente herencia me dejó el zángano de tu padre!

—¡No insulte a mi padre! ¡No

consentiré que hable mal de él delante mío!

—Me voy, me voy a dormir “pa” no hacer una “barbaridá” — dijo Francisca, queriendo dominar su ira, sin lograrlo, y marchando hacia su habitación, en la que se encerró dando un fuerte portazo.

María se quedó sola en la cocina. Le había dejado la cena en un rinconcito de los fogones; era una cena tan sobria, que casi no podía llamarse cena: una escudilla de judías y un pedazo de pan; pero María soñaba, soñaba en aquellos momentos que era una gran dama, tan hermosa y elegante como la que acompañaba al aviador todas las noches, y que iba al restaurante, y que iba a comer la cena mejor servida del mundo. Extendió, con mucha prosopopeya, un paño limpio de cocina sobre la mesa, colocó el cubierto, que aunque era de palo supo ponerlo con la elegancia con que los camareros ponían los cubiertos de plata sobre las mantelerías de hilo, dejó el pan en el lugar adecuado, y los vasos, y la servilleta... Luego, como notara que algo faltaba en la mesa, miró a su alrededor, vió el pote donde acostumbra estar el perejil puesto en agua, y en el que depositara el día anterior unas humildes florecillas, lo arregló con cierta elegancia.



cia y lo puso en el centro de la mesa como si fuera el búcaro más delicado y bello que pudiera imaginarse.

Entonces colocó la escudilla de judías en la mesa, se sentó, extendió con el mismo aire negligente con que lo veía hacer a las señoras que concurrían al restaurante noc-

turno la servilleta sobre sus rodillas, tomó el cuchillo y el tenedor y se hizo la ilusión de que cada judía era un muslo de pollo o un "chateaubriand" o un "turnedó", y lo partía con gracia, con elegancia innata, con aire de gran marquesa venida a menos, mientras iba comiendo con gesto de mujercita habituada a todos los refinamientos.



\* \* \*

Así iban pasando los días...

Pasaban igual para la muchacha vendedora de décimos de lotería que para los grandes señores que concurrían al cabaret nocturno. Pasaban con sus inquietudes y sus alegrías, sus zozobras y sus esperanzas.

Elisa, aquella mañana, hacía ya mucho rato que paseaba nerviosamente por un sendero apartado del parque de la ciudad. Miraba el reloj de tiempo en tiempo y volvía a caminar impacientemente.

Cuando vió llegar al que esperaba, sonrió dichosa: en cuanto le veía olvidaba todo el daño que le había hecho la espera, todo el mal que le producía la falta de cariño y de ternura que observaba en Fernando, al que únicamente solía hallar suyo en los momentos de pasión.

—¿Has tenido que esperar mucho, nenita? — le preguntó Fernando, estrechándole la mano en tono indiferente, como si no le impor-

tara gran cosa haberse hecho esperar tanto tiempo por una dama.

—Nos citamos a las cinco y media... y son las seis y cinco...

—Perdona... Los pelmazos de la peña se empeñaron en seguirme... Tuve que meterme en mi casa para despistar... y luego salir casi como un ladrón, para no ser notado por nadie...

—¿Es que sospechan algo? — preguntó Elisa con angustia.

—No, nada... Suponen que tengo un plan... pero no saben quién es...

—Aquí no nos puede ver nadie conocido — dijo Elisa, mirando a su alrededor—. Es el mejor sitio para no despertar sospechas...

—Aquí puedo mirarte a mi placer y decirte... ¿piensas en mí? — preguntó él, cogiéndola del brazo, amorosamente.

—Pienso en ti a todas horas y en todas partes... No sé lo que me pasa... Has despertado en mí una zozobra constante... Comprendo



que es un crimen, una traición... pero no puedo remediarlo... ¡Te quiero, te quiero con toda mi alma!

—Me haces el más feliz de los hombres con tus palabras. ¿Hay nada más bonito que quererse?

—Sí... cuando el amor es legal, cuando puede gritarse a los cuatro vientos, cuando no tiene que andar encubierto, como el nuestro... Fernando, cuando dos personas se quieren de veras y no pueden verse más que ocultándose, han de buscar la forma de hacerlo sin despertar sospechas — dijo Elisa, que tenía un pánico espantoso de que sus amores clandestinos fueran algún día descubiertos por su esposo.

—Nosotros nos vemos todos los días...

—¡Siempre con el miedo de que nos descubran!... Yo he pensado que, para despistar, tendrías que hacerte novio de alguna amiguita mía... una novia de mentirijillas,

que fuera como el antifaz de nuestro amor...

—¿Para qué esa farsa? Yo quiero quererte así, con ese cariño que es todo riesgo...

—Pero yo no puedo exponer mi fama de mujer digna... Es necesario que busquemos una forma más segura de vernos o de lo contrario, esta será nuestra última entrevista —dijo Elisa, decidida a jugárselo todo a una sola carta.

Fernando, dominado por las palabras de aquella mujer, enloquecido por su mirada apasionada, magnetizado por la atracción que sobre él ejercía su cuerpo perfecto y dócil al amor, replicó en voz queda:

—¿Qué quieres de mí?... ¡Dímelo!

—Que seas obediente... que te dejes guiar por mí...

—Haré lo que tú quieras—afirmó Fernando, decidido a ir hasta donde ella quisiera llevarle.



\* \* \*

Aquella misma tarde fueron Elisa, Fernando y aquellas dos amiguitas que siempre acompañaban a la primera y que le hacían, inadvertidamente, de tapaderas, a despedir al marido de Elisa, que partía para un viaje de algunas semanas.

La puerta de la estación era un hormigueo de gente. La pequeña vendedora de décimos de la lotería iba todos los días a la puerta de la estación a la hora de la partida del expreso del Sur, porque sabía que en él viajaban siempre gentes de posición y que la venta de lotería acostumbraba ser bastante fecunda a poco que la suerte le favoreciera.

—¡El trece mil!... —pregonaba a grandes gritos, porque el número era muy sugestivo—. ¡El trece mil! ¡El de la suerte!... ¡De los que tocan!... Cómpreme uno, señorito; el de la suerte... Es el trece mil... ¿No le dice a "usté ná" el numerito?... ¡El trece mil!... ¡El de la suerte!

Iba gritando y persiguiendo a

cuantos viajeros descendían de los autos, de los taxis, de los coches de punto, y se metían en la estación que los iba tragando como si fuera un monstruo insaciable.

—¡El trece mil!... ¡El trece mil! ¡Mañana sale!... ¡Llevo las tres series!... ¡El trece!... — se quedó suspensa viendo bajar a Fernando al lado de su compañera de cada noche, que iba acompañada de otro señor, al que daba todas las preferencias, y de las dos señoritas que también la solían acompañar todas las noches...

María les siguió con la vista, suspensa, aturdida. No comprendía por qué hoy la novia del aviador —así lo creía ella— iba cogida del brazo de otro señor.

—¡El aviador!... —se dijo, asombrada, pues en aquel momento no pensaba en él, y sin saber lo que hacía, les fué siguiendo, entró en el andén y se quedó cerca del grupo que formaban Elisa, sus dos amigas y el aviador, ya que el otro caballero había subido al vagón y



hablaba con ellos desde la ventanilla de su compartimiento.

Para llamar la atención comenzó María a vocear a grandes gritos su mercancía:

—¡El trece mil!... ¡EL TRECE MIL!... ¡¡¡EL TRECE MIL!!!

—¡Jesús!, qué manera de gritar, ¡me ha asustado! — dijo Elisa, volviéndose con enojo hacia la niña.

—¡¡¡EL TRECE MIL!!!—repitió María sin hacer caso—. ¡¡¡Las tres series!!!...

—Oye, niña — dijo ahora Fernando, volviéndose a ella—, no grites tanto, que no somos sordos.

María, con una carita dulce y expresiva, contenta de haber logrado su propósito de llamar la atención del aviador, replicó:

—“Usté” perdone... como hay tanto ruido...

—Pobre chica, no la riñas... — dijo una de las muchachas que acompañaban a Elisa—. Mira qué carita de tristeza ha puesto.

Fernando se sacó unas monedas del bolsillo y las entregó a María que las rechazó con un gesto muy digno:

—Muchas gracias, pero yo no pido limosna... ¡Vivo de mi trabajo!... Si quiere “usté” algún decímo...

—Bueno... ¿Qué llevas? — pre-

guntó Fernando, mirando con simpatía a la chica.

—¡El trece mil!... ¡Este sí que es el de la suerte! Cómpremelo, que le va a tocar. Lo siento aquí—dijo la chiquilla, señalándose el corazón.

—Dame un billete entero... veremos si es verdad lo que te dice el corazón. ¿Cuánto vale?

—“Pa usté”, cincuenta pesetas, sin voluntad.

—¿Qué quieres decir? — preguntó el aviador que no entendía el “argot” de los vendedores callejeros.

—Que si no quiere darme propina es lo mismo, ya me la dará otro día... ¡Cuando le toque!

—Toma, ahí van setenta y cinco pesetas... Veremos si tienes más suerte que el otro día... — dijo Fernando, sonriendo a la mocita.

—¿Me ha conocido? — preguntó ella, abriendo unos ojos tamaños, llenos de asombro y de admiración.

—¡Claro!... ¡Por tu simpatía! rió Fernando, volviéndose sin decir más, al grupo de sus compañeros, para despedir al esposo de Elisa, ya que el tren daba la señal de marcha y la locomotora comenzaba a lanzar su fatigosa respiración que llenaba de ecos la bóveda acristalada del andén.

María escuchó las últimas frases



de despedida entre los dos esposos, vió como Fernando estrechaba con un gesto amistoso la mano de aquel a quien traicionaba, y se quedó pensativa y triste, viendo cómo el tren iba rodando lentamente sobre los rieles y, como un gigantesco gusano de enormes anillos, se arrastraba hasta perderse de vista...

El factor de la estación se acercó a ella y en un tonillo que no era demasiado amable, le dijo:

—Oye, niña... ¡a vender a la calle!

—¡A mí no me grite “usté”!— contestó con enfado la chica—. ¡Tengo billete de andén!

—¡Hala, hala...! ¡Menos lengua y más garbo para marcharte!

—¡Huy, qué tío!... A ver si no va a poder una venir a despedir a sus amistades — replicó María con un aire dignísimo, alejándose lentamente en dirección a la calle, como si fuera una gran señora a la que acaban de inferir un insulto, que desdeñaba olímpicamente desde su altura.

De allí se fué María a casa de doña Paula, la maestra, que estaba bregando con tres o cuatro chiquillas desarrapadas, a las que tenía la paciencia de enseñar a leer y a escribir, por unos realillos al mes, que la ayudaban a ella a sus pequeños gastos.

Era doña Paula una mujer educada, con su título de profesora, que había vivido muy acomodadamente durante la vida de su esposo, pero que, al quedarse viuda, se había encontrado con algún apurillo financiero, montando de nuevo una escuela de pago, a la que atendía durante determinadas horas, y dedicándose luego a hacer la obra benéfica de enseñar a las que sólo podían darle, y aun haciendo un enorme sacrificio, unos realillos al mes.

—A ver, “Pitusilla”, esos palotes que haces salen muy torcidos... así no sabrás nunca escribir...

—Es que “me se” tuercen sin querer... — replicó la “peque”, sacando media lengua, mientras se esforzaba en hacer bien los palotes.

—A ver, vosotras, ¿cuáles son los adjetivos calificativos? — preguntó a otras dos mayorcitas, que estaban también dando clase.

—Los adjetivos calificativos son... son... son...

—Son los que indican las cualidades de las personas, animales o cosas... tales como bueno, malo, alto, serio... — dijo María que estaba en aquel momento en la clase.

—No te preguntaba a ti — dijo doña Paula, seriamente.



—Es que me dió lástima... Las vi tan “apurás” que...

—¡Hola, María! —gritó “Pitusilla”, que tenía una predilección especial por la vendedora de lotería.

—¿Cómo vienes tan temprano a dar lección? —inquirió doña Paula, que también sentía predilección por María.

—Porque vendí mucho esta mañana y me gusta más darla de día.

—¿Traes el libro?

—No, señora, el libro lo dejo siempre aquí “pa” que no me lo rompa mi madrastra.

—Entonces... ¿cómo estudias, chiquilla? —preguntó doña Paula, sonriendo.

—Estudio en clase... Se me queda “tó” en seguida en la cabeza... ¡Huy, y muchas cosas que aprendo por ahí!... Ayer me compré un diccionario en una librería de viejo, y “tóos” los días me aprendo veinte palabras...

Doña Paula rió la ocurrencia de aquella criatura que era lista como la ardilla y que llevaba el ansia de mejoramiento dentro de aquel cuerpillo desmedrado y de aquellos vestidos que eran casi harapos.

—Vosotras ya podéis marcharos —dijo a las otras tres niñas—. Y estudiad un poco más, porque si no no adelantaréis nunca.

Las chiquillas se despidieron. “Pitusilla” dió un beso a María y un abrazo muy fuerte, con un cariño de hermana, con una veneración de hija; aquella chiquilla sentía la superioridad de María, y se quería parecer a ella.

Cuando se quedaron solas la profesora y la alumna predilecta, María, después de reflexionar unos momentos, poniéndose muy seria, dijo a doña Paula:

—Quisiera preguntarle a usted algo, antes de empezar la lección.

—Tú dirás.

—Cuando una persona está casada... —comenzó diciendo María, pesando mucho sus palabras y como si le costara hacer la interrogación — no puede tener novio... ¿“verdá”?

—¿Por qué me haces esa pregunta, criatura? —inquirió la maestra, mirando extrañada a la niña.

—Por “ná”... Es que... verá “usté”... —balbuceó María. Y de pronto rompió a llorar amargamente.

Doña Paula la acarició con ternura:

—Vamos, hija mía, cálmate... A ti te pasa algo... ¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?... Vamos, dime...

María sosegóse un poco, sorbió sus lágrimas, tuvo algunos hipos,



y explicó, queriendo disimular su pena:

—Es que... verá “usté”... Hoy pasaba una señora muy guapa con un joven, y una mujer que estaba a mi “lao” dijo: ...“Ahí va la señora de don Fulano con su... novio”.

Y rompió a llorar desoladamente otra vez. Doña Paula la miró con dulzura:

—Pobre hija mía... Estás en contacto tan directo con la vida que, a tu edad, ya tienes que saber de todas las maldades y de todos los dolores... Sí, desdichadamente es así... Hay mujeres malas... Pero tú no debes preguntar nunca esas

cosas... Tú eres buena... Y esas mujeres llevan siempre el castigo de Dios...

—¡Son unas ladronas! — exclamó María apretando los dientes con rabia.

—¿Ladronas?... No, no es esta la palabra... Son otra cosa...

—No, señora, no; son ladronas, son ladronas... porque roban la felicidad de las demás... — afirmó María con los ojos brillantados por el llanto, en un arrebato apasionado y vehemente.

—¡Tu imaginación no tiene igual, chiquilla!... Vamos a dar la lección... A ver si me contestas con la misma seguridad de antes...



\* \* \*

Elisa jugaba con fuego. Había logrado evitar aquellas entrevistas en público con Fernando, aquellas entrevistas que tanto la asustaban por si llegaban a descubrirse sus amores; pero, en cambio, ahora que estaba ausente su marido, le hacía venir a casa, donde podían charlar largamente sin ser molestados por nadie, lejos de las miradas curiosas o malignas de los amigos o de los indiferentes.

—Ahora voy a divertirme y a hacer una vida de sociedad tan por lo alto, que nunca nadie podrá sospechar nuestros amores — le decía a su amante—. Daré fiestas, reuniones, bailes, y así podremos vernos aquí, en mi casa, sin necesidad de exponernos a nada.

—Por mí, encantado. Tú verás si es menos expuesto este sistema que el que habíamos usado hasta ahora... Ya conoces mi fama—arguyó Fernando, que, aunque trataba mucho con las mujeres, no aca-

baba de comprender su extraña lógica.

—Tu fama es lo que me atrae —replicó Elisa, dejándose enlazar por los brazos fuertes de él.

—Eres valiente — le dijo Fernando abrazándola y mirándola profundamente a los ojos—. Eres valiente y admirable.

—Porque te quiero... Dime, ¿has reñido ya con Consuelo?

—No he tenido tiempo — rió Fernando, que se burlaba de aquellos amores rápidos con los que distraía la atención del público para que no se dieran cuenta del verdadero amor que guiaba su vida—. Ahora hago la corte a Tere... Una novia cada ocho días, ése es tu plan... ¿Estás contenta?

—Soy completamente feliz. ¿A quién vas a hacer el amor la próxima semana?

—No sé... a otra cualquier...

—Sin detenerte mucho tiempo, ¿oyes?... A veces tengo celos hasta



de esos amoríos que yo te obligué a tener.

—¡Tendría gracia que fueras víctima de tu propio juego! — rió Fernando con una franca risotada.

Elisa se puso seria; era verdad; estaba propensa a ser víctima de sus combinaciones; estaba tan enamorada del aviador, que sentía celos hasta de su sombra, porque siempre iba con él...

—Sería mejor que dejáramos esa farsa —insinuó ella—; no conduce a nada... Basta con tú caballeridad, para que todo quede entre nosotros dos.

—¡Tontina, la mujer más hermosa del mundo no conseguiría apartarme de ti! — afirmó Fernando, abrazándola de nuevo.

En aquella misma hora, María marchaba por un paseo un poco solitario de la ciudad. Como por la mañana había ganado bien el jornal, no se afanaba ahora en vocear su mercancía, y sacando el diccionario que llevaba siempre oculto en el pecho, consultó qué quería decir una palabra que había oído hacía poco rato.

—¿Qué querrá decir "cleptómana...? Cleptómana... Cleptómana...

Buscaba ávidamente, cuando oyó los pitos desesperados de un guardia, vió a alguien que huía precipitadamente y que, al pasar junto a

ella, le dió tan fuerte empujón que la hizo caer al suelo, dejándola aturdida por unos segundos. Cuando se recobró del susto recibido se dió cuenta de que a su lado había una cartera repleta de billetes de banco que el ladrón, en su huída, había dejado caer, y fué a cogerla para devolverla a quien fuera, cuando sintió que una mano se posaba en su hombro y una voz recia y dura le decía:

—¡Ah, golfilla, te pillé con las masos en la masa!

Alzó María los ojos asustada y confusa, y se encontró frente a un guardia que la cogía por el brazo con fuerza y la miraba desdeñosamente, como se mira a un ladronzuelo vulgar.

—Yo... señor... no he sido yo... La tiraron aquí, al pasar...

—Vamos, vamos, eso se lo contarás al juez mañana, porque esta noche la pasarás en el calabozo con las ratas.

—Yo no la cogí, señor guardia —afirmaba María, mientras se iba haciendo en torno a la pareja del guardia y la chiquilla un nutrido grupo de curiosos—. Yo iba a mi trabajo... vendo lotería... mire usted.. le juro que digo la "verdá".

—A mí no me enseñes nada; cuando se os coge siempre decís lo mismo.



“Pitusilla” había logrado pasar entre las piernas de la multitud que se hacinaba ante el espectáculo callejero y estaba ya en primera fila con una carita llorosa y acongojada al ver a su gran amiga en peligro.

—Señor guardia, “usté”, dice la “verdá”—murmuró la pequeña con una firmeza que hizo sonreír a muchos—. Es una chica muy buena... Yo la conozco bien.

—Tú apártate si no quieres que te dé un sopapo—dijo el guardia amenazando con la mano.

—Sí, señor... digo, no señor... Suéltela “usté”... Yo salgo su fiadora — replicó “Pitusilla” cada vez con mayor energía.

—Anda por ahí y no fastidies—dijo el guardia sin hacer caso de la pequeña—. ¿Y a ti quién te presenta? ¡Miren la esmirriada ésta!... ¡Anda, vámos!—añadió, cogiendo a María por un brazo y obligándola a seguir entre los comentarios de la gente—. Ya cantarás quién es tu compañero... Vamos, sigue...

—¡Suéltela “usté”, que ella no ha “sío”!... ¡Que le doy mi palabra de que es buena! — iba diciendo “Pitusilla”, llorando a todo llorar y corriendo tras el guardia y María para no perderlos de vista.

María fué llevada al cuartelillo y la encerraron en el calabozo oscuro y maloliente. María miró a to-

dos los rincones con verdadero pavor y se sentó al borde del camastro, meditando. En su cerebro martillaba una sola idea: “cleptómana”... Aquella palabrita se le había quedado fija en el cerebro y no la podía olvidar... Consultó de nuevo el diccionario y, al saber qué quería decir, suspiró:

—¡Maldita palabra!... Ahora van a decir que yo soy cleptómana!... ¡Cleptómana yo!

Y se puso a llorar amargamente.

La noche iba avanzando. Le entraron una escudilla con unas alubias guisadas. No eran peores que las que comía en su casa, y como tenía hambre, se las comió ávidamente.

Luego paseó por el calabozo, se acercó a la puerta, llamó con golpes discretos mientras decía:

—Señor guardia... abra “usté”... que tengo que estar a las diez en casa... Oiga... oiga... Abrame, por Dios... ¡Que yo no he sido!... ¡Que me da mucho miedo estar aquí! ¡Que yo no he sido!... Abrame, por Dios...

Y desfallecida, sintiendo un pánico espantoso, se dejó caer en el suelo y lloró, lloró sin consuelo, hasta que el sueño, la fatiga y la desesperación le hicieron dormirse y olvidarse momentáneamente de la pena que estaba pasando.



\* \* \*

Fernando, entre tanto, había llegado al círculo a charlar con sus amigos, con los de la peña, con todos aquellos muchachos que le halagaban su vida licenciosa y que en el fondo sentían un poco de envidia de aquel hombre afortunado para el que la vida no ofrecía obstáculos.

—¡Hola, muchachos! ¿Os divertís?—preguntó, al entrar, viéndoles a todos aburriéndose soberanamente, hundidos en los butacones, fumando en silencio.

—A mí ya no me divierte nada —contestó uno, que se creía envejecido antes de tiempo.

—¿Dónde vas esta noche, Fernando? — le preguntó Enrique, que fuera del campo de aviación trataba a su capitán con la más franca camaradería.

—Tengo un plan nuevo, Enriquillo... ¡Un plan cañón!

—¡Chico, eres invencible!... ¡No se te resiste ninguna!

—Señor Peña, le llaman al teléfono—dijo un mozo, presentándo-

le el auricular y conectándolo en el enchufe.

—A ver si es Gloria, que te da esquinazo... — le dijo Enrique, haciéndole un guiño picaresco.

—No creo... Yo no soy tú... Los esquinazos se dejan para los niños sin experiencia—replicó Fernando, embromando a su amigo—. ¿Quién es?—añadió, hablando por el teléfono.

—Soy yo — contestó Elisa, que era quien le llamaba—. Estoy muy aburrida... ¿Quieres que me vista y salgamos a dar una vuelta en coche?

Fernando sonrió con orgullo muy masculino y contestó:

—Si me llamas una hora antes, te lo hubiera agradecido; pero ahora estoy engolfado en una partida de poker... y pierdo bastante... no puedo dejarlo así...

—¿Es que no valgo más yo que tus pérdidas?—preguntó Elisa.

—Infinitamente más, nena... No es cosa de explicarte por teléfono lo equivocada que estás... Mañana te demostraré todo lo contrario.



—Pues le diré a Paquito que me lleve a “Casablanca”. Tengo ganas de bailar — dijo Elisa, queriendo dar celos a Fernando.

—Como tú quieras, nenita... Todo menos aburrirte. El aburrimiento es una mala enfermedad... ¡Adiós!... Mañana te lo devolveré... ¡Eres terrible!... Hasta mañana...

Colgó el auricular, volvió a desconectarlo y marcó otro número:

—¿Es el 44734?... ¿Está la señorita Gloria?... ¡De parte de don Juan!... ¡Hola, nenita, soy yo! Ahora iré a buscarte a tu casa... No iremos a Casablanca... Dicen que aquello está muy aburrido... Hasta ahora mismo, chiquilla...

Rieron todos los amigos de la conversación escuchada a medias, y Fernando se despidió para ir en pos de aquellos amoríos que formaban la única cadena de su vida.

—¡Adiós, Enriquito, mañana en el aeródromo te daré unas cuantas lecciones sobre la manera de conquistar a las mujeres!

—¡Ay, si yo tuviera tu dinero! —suspiró Enrique.

—Pues cuando no se tiene dinero se casa uno con una mujer que lo tenga. Tienes un hermoso título de conde que se cotizaría espléndidamente.

—Yo me casaré por amor—replicó Enrique, convencido de lo que decía.

—¡Huy, entonces no tendrás dinero nunca!

—Pero tendré amor, que vale mucho más que todos los tesoros de la tierra.

—Por amor sólo se casan los tontos... Yo no creo en el amor...

—Pues yo sí, muchachos—dijo la voz de un asiduo concurrente al círculo, que estaba en un butacón un poco apartado leyendo el periódico y que había escuchado la conversación sin querer.

Se quedaron suspensos los jóvenes, y le miraron con una muda mirada de interrogación.

—El amor existe—siguió diciendo el viejo—y a veces le encontramos donde menos podríamos figurármolo... Yo me casé enamorado y soy feliz.

—¿Hace mucho?

—Hace treinta años, y tengo cincuenta y cinco.

—Pues yo no lo he encontrado nunca, gracias a Dios... Prefiero el amor pasajero; me da miedo el amor que dura... Es más fácil tener varias aventurillas a un tiempo.

—El amor, amigo mío, es el único aliciente de la vida; pero el



amor verdadero, el que se busca en la familia y el que sabe fundar un verdadero hogar...

Los muchachos se miraron entre

sí, y Fernando, sonriendo escépticamente, salió del círculo para ir a reunirse a una de sus muchas aventurillas...

\* \* \*

En cuanto amaneció, María, que había dormido en el suelo media noche y la otra media sobre su camastro, sintió de nuevo todo el horror de su situación. Miró en torno suyo y vió las ratas que corrían tranquilamente de un lado a otro, y lanzó un grito desgarrado, porque las ratas era lo que le daba más miedo en el mundo.

—¡Madre mía, no me abandonas!... ¡Sácame pronto de aquí, antes de que se me coman las ratas! —imploró, haciendo la señal de la cruz y siguiendo con su mirada el ir y venir de aquellos animalitos repugnantes.

Al ver que se venía uno hacia ella, dió un nuevo grito y se puso de pie sobre su camastro, rezando a gritos:

—¡Dios te salve, María, llena eres de gracia...! ¡Salvadme, Madre mía, salvadme!

Se abrió la puerta del calabozo y

entró el guardia de turno:

—¿Qué tal pasaste la noche?— preguntó a la pequeña.

—Pensando...

—¿En quién?

—En el guardia que me trajo aquí y en su distinguida familia...

Soltó el guardia una carcajada sonora, y María le hizo un eco burión.

—Sí, “pué usted” reír “tó” lo que quiera... Si hubiera “pasao” la noche entre ratas como caballos, no se reiría tanto.

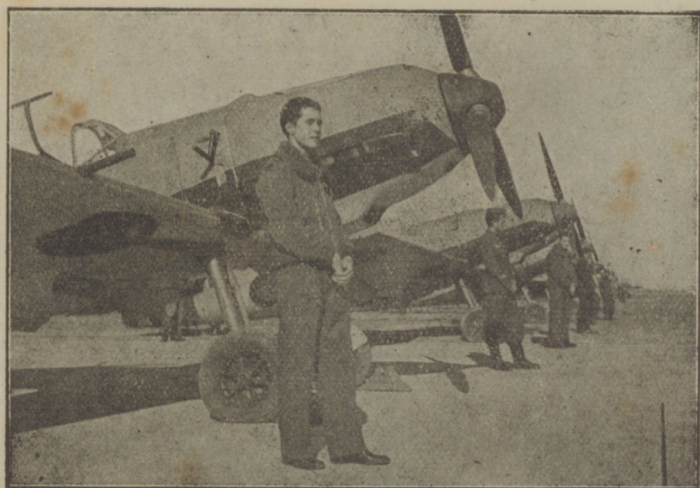
—Pues ya no tendrás que pensar más en el guardia... Estás en libertad. Se ha cogido al ladrón y ha cantado... Ahora te vas a tu casa.

—¡A buena hora!... ¡A ver al otro guardia!—suspiró María.

—¿También en casa tienes un guardia?

—Sí, señor... ¡Mi madrastra!... ¡Y vaya guardia!... ¡Tan simpático como el que me trajo aquí!





En perfecta formación esperaban la revista del capitán.



—...hay casadas que merecerían no serlo... para poderles decir que son bonitas.





—Cuidado, Fernando... que te insinúas demasiado.



—Cómpreme "usté" uno, señorito... ¡Ande, "pa" que no le toque!





—Es igual que el protagonista de esta novela, cuando salva a la hija del jardinero de las garras del vampiro.

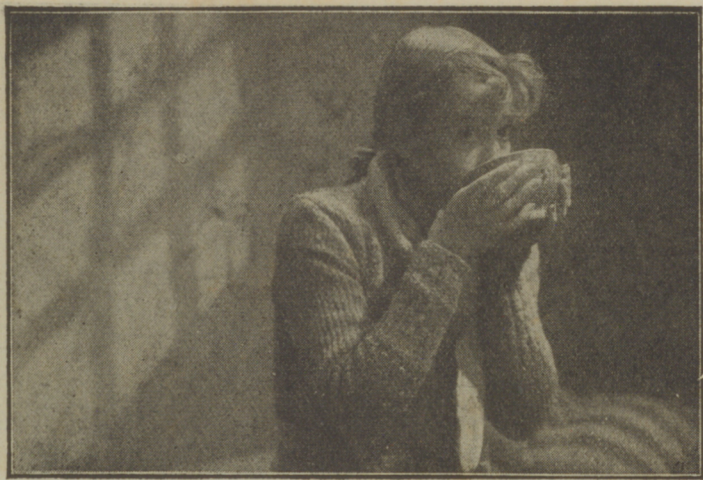


—¡Si no fuera porque vale dos reales, te lo tiraba a la cabeza!





—Hay mujeres malas... Y esas mujeres  
llevan siempre el castigo de Dios.

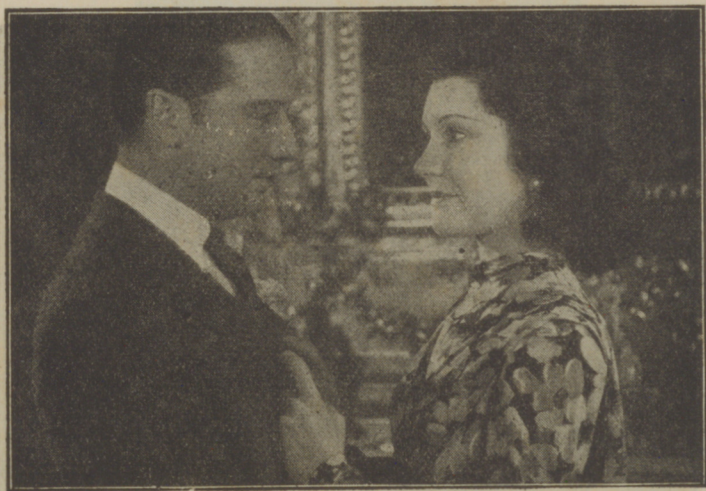


Le entraron una escudilla con unas alubias guisadas.





—¡Ay, es que "m'ha tocao... m'ha tocao... m'ha tocao"!



—¡Ya sabía yo que eres un perfecto caballero! ¡Gracias, Fernando, gracias!





¡Acababa de reconocer a su aviador!



—¿Tú has estado enamorado? Yo sí lo estoy, pero de un hombre que no me quiere.





La llevó hasta el auto...



Y así enlazados, bailaron...





—El pasado tiene sus recuerdos deliciosos, sus ilusiones y su poesía...



Los novios, después de la ceremonia...



—Pues anda, sal... ya te puedes marchar...

—No sé si podré—contestó María, comenzando a caminar con dificultad—. Hasta ahora me encontraba bien... pero ahora se me doblan las rodillas... Haré lo que pueda... Buenos días...

—Vete con Dios—dijo el guardia, mirándola compadecido. Y murmuró para sus adentros cuando la vió alejarse por el pasillo con aire titubeante: ¡Pobre criatura!

Salió María a la calle. Sentada en el quicio de la puerta, con las rodillas encogidas y sobre ellas la gran caja de cerillas y humdida en la caja su carita soñolienta, estaba "Pitusilla".

—¿Pero qué haces aquí, criatura?—le preguntó María sacudiéndola con cariño y mirándola con ternura de madrecita.

—Esperándote... —contestó "Pitusilla", con la voz todavía dormida—. Me he "pasao" la noche aquí...

—Anda, criatura, anda... vuelve a tu casa... Tu madre debe de estar intranquila... anda, vete...

Echaron a andar las dos, cada una en distinta dirección. María iba tambaleándose, ahora notaba la angustia pasada durante la noche, su sueño intranquilo, sus lágrimas y sus gemidos que la habían dejado

deshecha. La vieja vendedora de cerillas la vió llegar y salió a su encuentro:

—Pero chica... ¿de dónde sales? —le preguntó mirándola de arriba abajo con ojos inquisidores.

—Calle "usté" y no me pregunte... ¡Vengo muerta!

—Pues buena tienes a tu madrestra... ¡Se ha "desmayao" tres veces! Anoche creíamos que se moría de una congestión... ¿Pero qué te ha "pasao"?

—¿Qué quiere "usté" que me "haiga pasao"?... ¡Casi "ná", que me han "metío" en la cárcel toda la noche!... ¡Estoy que no véo más que ratas!

—¿Y qué has hecho "pa" que te encierren?

—Pues "ná"... que me han "tomao" por una "cleptómana"...

—¿Y eso qué es?—preguntó la otra, sin entender.

—¡Pues una ladrona! —replicó María con arrogancia, mostrando sus conocimientos.

—¿Ahora se las llama así?... —preguntó la vendedora con desprecio.

—¿Y dice "usté" que mi madrestra está hecha una fiera...?

—¡Como que dice que "t'has escapao" con sesenta duros de lote-ría!

—¿Escaparme?... ¡Pero anda!...



—exclamó María, acordándose, de pronto—. ¡Si hoy ha sido el sorteo!... Tengo aquí dos series de un número y teníamos que devolverlas anoche... ¡Ay madre santa, la que se me espera!... ¡Yo no voy a casa!... Veinte duros!...

—¡Pues sí que has hecho el mes!...

—¡Veinte duros!... ¿De dónde sacaría yo veinte duros “pa” dárselos a esta fiera? ¿“Usté” no podría prestármelos y yo se los iría devolviendo poco a poco?

—¡Si yo tuviera veinte duros no te saludaría más que con la cabeza!... Bueno, hija, que salgas con bien...

Subió María la escalera con el alma muerta. ¡Qué miedo tenía, Señor!... Peor que cuando estaba en el calabozo rodeada de ratas. Oía la voz de las vecinas que calmaban a su madrastra con buenas palabras:

—Cálmese usted, “señá” Francisca. A saber lo que le habrá “pasao” a la chica...

—Lo que le ha “pasao” no sé... ¡pero lo que le va a pasar!—rugió la mujer, amenazando con los puños y con los dientes—. ¡Sabe Dios lo que habrá hecho del dinero! ¡El dinero que tanto me cuesta ganar!

—Cálmese “usté”... la chica no “tié” la culpa... la confundieron

con una “ratómana”—dijo la vendedora de fósforos que había subido delante de María para prevenir su presencia a la madrastra.

—¿Una qué?...

—Ratómana — repitió la mujer, creyendo que decía bien la palabra que había escuchado en los labios de María.

La chiquilla entró en la cocina. Su madrastra se ahogaba de ira, sentada en una silla, asistida por las dos vecinas. Cuando la vio entrar se quiso levantar y abalanzarse a ella para deshacerla entre sus manos que se crispaban como garfios, pero las vecinas la sujetaron con fuerza para defender a la pequeña.

—No me sujetéis... la quiero matar... la quiero matar...—gritaba, casi sin aliento, con la cara congestionada, los ojos fuera de las órbitas, respirando con mucha dificultad porque la sangre se le agolpaba en la garganta a borbotones.

María corrió a sus pies y se arrojó humildemente:

—Perdóneme, tía... yo le devolveré ese dinero... no ha sido culpa mía... fué un guardia, tía, un guardia que...

No acabó la frase. Las manos de su tía, que estaban crispadas y amenazadoras en el aire, cayeron sobre su falda desmayadas, flácidas, sin vida... La ira la había ahogado. La



“señá” Francisca acababa de morir presa de un ataque fulminante de apoplejía.

La chiquilla dió un grito, se cubrió el rostro con las manos y salió desalada de aquella casa, sin saber dónde iba, huyendo de la espantosa visión de aquellas manos que la querían matar y que, como un mudo castigo de Dios, habían muerto a su presencia...

Corriendo por las calles como una autómatas, sin mirar a ningún lado, fija ante sí la mirada extraviada, María marchaba hacia casa de la maestra, a buscar en ella el consuelo que su alma sensible necesitaba, a desahogar en aquel corazón que tan bien la comprendía su gran desconsuelo.

Doña Paula la escuchó en medio de su estupor y trató de tranquilizarla, porque la niña no dejaba de llorar con desgarrados sollozos:

—Vamos, hija mía, vamos... tienes que tranquilizarte, no pienses más en eso... Ven a dar la lección y así te distraerás.

—No puedo, doña Paula, no podría... ¡Ha muerto por mi culpa, por mi culpa, y yo no lo podré olvidar nunca!

—¡Jesús, qué disparates estás diciendo!... Ha muerto porque le ha llegado su hora.

—No... no... yo debí acercarme

a ella antes para que me pegara, y así se hubiera desahogado y no se hubiera muerto...

—Bien, no hablemos más de esto... Ven, límpiate esas lágrimas y dame un beso... Desde hoy vivirás aquí, conmigo... Dios no ha querido darme nunca hijos, pero los he llevado siempre en mi corazón... Tú serás mi hija adoptiva, siempre te he querido mucho y sé que serás una mujer de provecho.

—¡Qué buena es usted, doña Paula!... ¡Yo trabajaré por usted con todo entusiasmo! ¡Gritaré con todas mis fuerzas... el gordo, el gordo!...

—¡El gordo!...—gritó la voz de un muchacho que vendía periódicos en la calle—. ¡Ha salido premiado el trece mil!... ¡El gordo!... ¡Lista completa de la lotería!... ¡El gordo, el trece mil!

—¿Pe... pero... pero qué dice?... preguntó María, tartamudeando por la emoción—. ¿Qué dicen en la calle?

—¡Primer premio, el trece mil!...

—Pepepe... ¿pero es verdad?... preguntó María dándose aire con la mano, porque también a ella parecía querer estallarle el corazón.

—¿Qué te pasa?... Sí, has oído bien... ha salido premiado el trece mil...



—¡Ay, ay, ay... que me ahogo! —gritó María dejándose caer en la butaca como si fuera a desmayarse—... ¡Ay, que se me escapa el corazón!... ¡Que no puedo más!

—Por Dios, hija, calma, dime qué pasa... No te entiendo... Hace unos segundos llorabas desesperadamente y ahora parece que te vas a morir de alegría...

—¡Ay, es que "m'ha tocao... m'ha tocao... m'ha tocao"!... ¡Doña Paula de mi vida, que somos ricos!... ¡Que tengo aquí los veinte duros en billetes del trece mil!... ¡Que nos ha "tocao" el gordo... do-

ña Pa... no, madre, madre mía!— exclamó María arrojándose en los brazos de aquella madre que le había ofrecido todo su cariño cuando todavía era el más miserable, el más infeliz de todos los seres humanos.

—¿Lo ves, pequeña?... Dios no abandona nunca a sus criaturas— dijo doña Paula, abrazándola.

—Gracias, Señor, gracias... Madre mía, yo le prometo que haré todo el bien que pueda... que no seré egoísta... ¡que siempre me acordaré de los pobres, de los que hasta hoy han sido mis hermanos!



\* \* \*

Fuó como una embriaguez. Al verse rica, rica como había soñado tantas veces en sus horas de miseria y de abandono, María voló hacia aquellas alturas en las que había soñado.

Estudió todo cuanto pudo: música, bellas artes, ciencias, filosofía; se dedicó a todos los deportes: tenis, natación, polo, esgrima; viajó por los cuatro continentes; se hizo enfermera de hospitales; supo cuatro o cinco idiomas; recorrió los mejores modistos y vistió como las grandes damas; visitó a los enfermos, a los presos, a los desheredados sin familia... y en todas partes dejaba sentir la largueza de sus donativos; vivió, en cuatro años, más intensamente y con mayor velocidad, porque realizaba todo lo soñado, porque vivía todo lo que muchas veces había pensado, porque no tuvo que organizar ningún plan ya que todos bullían en su imaginación desde muy niña...

Hasta que doña Paula, que la había dejado gozar a su gusto tanto

cuanto quiso, que no puso jamás obstáculo alguno para que adquiriera nuevos conocimientos y fuera refinando su trato y su lenguaje, creyó llegado el momento de sentar aquella cabeza loca, y fué cuando compraron la granja, se hicieron edificar el "chalet" y se instalaron en él, como dos grandes damas, rodeadas de un servicio fiel, porque fué captado entre gentes a las que María había favorecido. El administrador de todo aquel pequeño feudo era, ni más ni menos que Ramón, el guardia que la detuvo y la metió en el calabozo las horas bastantes para que la suerte del premio gordo cayera en sus manos.

Sentados en el saloncito íntimo del "chalet", decorado con una sobria elegancia y en el que se veían los cuidados de una delicada mano femenina, se reunían en las veladas y charlaban largamente, cada uno de su vida pasada.

—Ya ves, Dios me mandó esta prueba tan grande, pero no deseperé — decía doña Paula cuando



acababa de contar la suya, sencilla y triste, como la de tantas vidas mediocres de mujer—. Acaté la muerte de mi marido, por ser la voluntad de Dios, y me puse a vivir con toda modestia, como tú me conociste, ayudándome con mi trabajo... y todavía me quedaba tiempo para ayudar un poco a los pobres.

—¡Cuéntemelo a mí!... ¡Que si algo sabía entonces era gracias a usted!... ¡Pero ya ve como todo está previsto y tasado en la vida!... Tenía usted que arruinarse para que yo la conociera y pudiera quererla como la quiero.

—La vida nos da lo que puede... y no hay que pedirle nunca más de lo que nos da...

—Pero a veces a algunos les da de más—murmuró María un poco melancólica—. Ya ve usted el aviador... es inmensamente rico y, sin embargo, le tocó el gordo, como a mí.

—Es verdad, y se lo habrá gastado alegremente, mientras que tú...

—Yo no; usted, madrecita... Si no la hubiera tenido a usted a mi lado ahora estaría sin un céntimo... ¡Me entró un vértigo!... ¡Quería vivir tan de prisa que no tenía tiempo para nada... ¿Quién me iba a decir, hace cuatro años, que yo sería la dueña de esta granja!... ¡El trece

mil!... ¡Cómo puede cambiar un número nuestra suerte en un momento... ¡Lo que puede el dinero!

—Con él se consigue todo, hija mía—replicó Paula, que cosía distraída y no se fijó en la mirada de nostalgia que había en los ojos de María.

—Todo no... casi todo—murmuró, como si hablara consigo misma.

—Mira, ahí viene Ramón con su ramo de flores, como todos los días—dijo Paula viendo llegar al administrador seguido de "Tom", el magnífico perro lobo que era el encanto de María.

—Aquí estamos "Tom" y yo a saludar a la mujer más simpática de toda España—dijo Ramón, ofreciendo su ramo de flores a la dueña de la casa.

—Gracias, Ramón—contestó María, mientras acariciaba al perro.

—¿Quién te iba a decir a ti que de guardia llegarías a ser administrador de la granja de la señorita María, a la que detuviste?

—Es verdad... ¡Lo que me hizo sudar!... Hubo un momento en que me dió tanta lástima que por poco la suelto.

—¡Pues sí que la hubieras hecho buena!... ¡A estas horas seguirías siendo guardia! Lo que yo te odié... ¡y lo que te quiero ahora!



—No me demuestre su cariño, porque tengo las manos ocupadas y no puedo limpiarme los ojos— dijo Ramón, emocionado—. Nunca le agradeceremos bastante la “Pitu-silla” y yo lo que ha hecho por nosotros... Ella en un colegio de pos-tín... y yo, aquí, como un gran se-ñor...

—Vamos, vamos, tú trabajas y te ganas la vida... Unicamente has cambiado de oficio... Anda, no te en-

ternezcas y ve a dejar las flores a mi cuarto... pero déjame a “Tom”, que es muy buen amigo mío... “Tom”, ven, ven aquí... anda, corre...—dijo al perro, haciéndole ju-gar en torno a la habitación.

Y mientras jugaba con el perro, se acordaba del aviador, de aquel hombre con el que sólo dos veces había cruzado la palabra, pero que siempre había admirado en silencio y del que seguía acordándose a tra-vés del tiempo y de la distancia.



\* \* \*

El aviador seguía sus amores con Elisa, mientras hilvanaba en torno a aquel amor toda una serie de amorcillos que le distraían de las preocupaciones que le ocasionaba aquella larga aventura amorosa con una mujer casada.

Elisa le había mandado llamar aquel día a una hora desusada. Acudió presuroso, convencido de que algo debía de ocurrirle, y esperó breves momentos en el salón.

—¡Elisa! — le dijo, al verla aparecer un poco pálida y emocionada—. ¿Qué ocurre?

—Perdóname... te he llamado con urgencia porque he tenido malas noticias.

—¿Qué ocurre? — repitió él.

—Mi marido está enfermo... gravemente enfermo... He tenido un telegrama de mi cuñada que así me lo anuncia... Mi deber es estar a su lado.. Temo no llegar a tiempo... Necesito que me lleses en tu avioneta, lo antes posible.

—¿En mi avioneta?...

—Sí, es una prueba de cariño que te pido... Hazte cargo...

—Bien, pediré permiso al teniente coronel y saldremos inmediatamente... No es legal, pero en un caso así, creo que no pondrán inconveniente.

—¡Ya sabía yo que eres un perfecto caballero!... ¡Gracias, Fernando, gracias!

—Prepara tus cosas... Yo me voy al campo ahora mismo... Allí te espero.

—¡Adiós, Fernando, no tardaré!—dijo Elisa, dándole la mano.

Y ante el gesto de él de abrazarla y besarla en los labios, añadió, apartándose con suave dignidad:

—No, ahora no, Fernando... no podría...

—Tienes razón... perdona — replicó él bajando la cabeza humildemente.

Una hora después estaban en el aeródromo. Fernando había obtenido permiso del teniente coronel



y se habían dado las órdenes oportunas para preparar la avioneta y que estuviera a punto de emprender el vuelo en cuanto llegara la pasajera.

Enrique comentaba con su amigo aquel rápido viaje, haciéndole broma acerca de él y diciéndole la suerte fantástica que le acompañaba siempre con las mujeres.

—Enrique, te aseguro que esta vez vamos en plan serio... Su marido se está muriendo... Con esa mujer no podía negarme... Es una amiga de siempre, ha sido muy buena conmigo, me quiere... Es un favor que no le puedo negar.

—Ahí viene... Todo está a punto... Si es verdad lo del plan serio, no te digo nada, pero si vas en viaje de novios... ¡cuidado con las curvas! — aconsejó Enrique con picardía.

Elisa saludó vagamente a los que estaban en el campo, siguió a Fernando que había ido a su encuentro y subió, azorada y angustiosa, al avión. Fernando la animaba, mirándola sonriente.

—Tengo miedo, Fernando — murmuró Elisa, cuando hubieron cerrado las puertas y quedaron aislados dentro de la cabina, escuchando sólo el trepidar del motor.

—¿Miedo?... ¿Yendo conmigo? —rió Fernando, mientras manipu-

laba y se ponía en marcha el avión con su movimiento ligero de pájaro frágil.

—Sí... no sé... es algo extraño que me sobrecoge... — murmuró ella.

—No seas tonta, chiquilla... Estás nerviosa por las noticias que has recibido. Nunca he tenido un accidente... No temas...

El pájaro volaba con seguridad, remontándose cada vez más alto. Volaban entre nubes. Elisa veía a sus pies grandes masas de cúmulos que semejaban algodón en rama. Tenía la sensación de que si ahora el avión se viniera abajo no podrían hacerse daño, aquellas nubes tan espesas parecían una cosa sólida que había de sostenerles. Pronto volvieron a divisar la tierra, despejado el horizonte, la tierra diminuta, con pequeños repliegues formados por las montañas más altas, con hilillos de plata que eran caudalosos ríos, con el mar que moría en la costa con una ondulación apenas perceptible desde lo alto, aunque debían de ser grandes olas que rompían en la playa, coronándose de espuma.

Elisa sintió de nuevo pavor. Mientras había ido envuelta por las nubes no se daba cuenta de la altura a que volaban. Ahora, en cambio, veía allá abajo, la sombra di-



minuta del avión que corría a toda velocidad, rozando la tierra, y ella hubiera querido ser tan afortunada como aquella sombra.

—Tengo miedo... — volvió a decir, arremetiendo mucho a Fernando, como si él pudiera protegerla del peligro.

—¿Qué te pasa?... Antes no tenías nunca miedo... ¡Has volado tantas veces!... — murmuró Fernando.

—Pero volaba sin ti... No te conocía a ti... Ahora tengo miedo, miedo de que nuestra felicidad se acabe en este vuelo...

Fernando no contestó. Manipuló en el laberinto de llaves y clavijas del motor, su rostro se cubrió de seriedad; se olvidó de que llevaba a Elisa al lado; ya no era un hombre, era sólo el aviador, el aviador que se daba cuenta de que alguna pieza no funcionaba con normalidad, que había que evitar la catástrofe, que era preciso aterrizar, aunque fuera violentamente, si no quería perecer junto a su compañera, a aquella mujer que se había confiado a él y que ahora miraba con ojos de terror.

—¿Pasa algo? — preguntaba Elisa, al ver el rostro serio, atento, preocupado de Fernando.

—No, nada, nada — replicó él sin prestarle gran atención, fijo só-

lo en las señales, en los resortes, en todo el complicado mecanismo de la dirección del motor.

Pasaban sobre la granja de María en aquel momento. Estaba ella en el jardín. Como cuando era niña, siempre que oía el canto de un avión, alzaba los ojos al cielo, buscaba el ave de acero y la iba siguiendo con la vista hasta que se perdía en lo infinito.

Hoy también alzó los ojos al escuchar el ronquido de un avión, le vió en el firmamento azul, como una motita negra que se iba agrandando cada vez más. Bajaba el aparato rápidamente, buscando un aterrizaje que no ofreciera demasiado peligro. El aviador debía de haberse dado cuenta de algo anormal en el motor... María le seguía angustiada, ansiosa, en aquel vuelo sin rumbo, desesperado.

Fueron unos cortos instantes... Cuando estaba a pocos metros del suelo se estrelló contra él envuelto en llamas.

María dió un grito de espanto y corrió en busca de auxilio:

—¡Un avión!... ¡Un avión!... Se ha estrellado ahí, en la huerta... De prisa... de prisa...

—Hija mía... ¿qué pasa?—preguntó doña Paula, acudiendo a los gritos de la joven.



—Un avión... doña Paula... un avión que se ha estrellado...

Ya habían acudido los granjeros rápidamente y habían logrado apartar con rapidez a los ocupantes del aparato: un hombre y una mujer; no se podía distinguir de qué categoría ni de qué condición, porque estaban cubiertos con los restos del aparato.

Los trasladaron a la casa. María puso en práctica todos sus conocimientos de enfermera. Pronto comprendió que el que estaba herido de verdadera gravedad era él, y le practicó la primera cura de urgencia, mientras se había ido velozmente a la ciudad en busca de médicos.

Tenía el aviador el rostro cubierto de sangre que manaba abundante y en cuajarones que impedían reconocerle. María le restañaba la sangre, le lavaba el rostro, ponía compresas en las heridas...

Cuando, gracias a sus cuidados, el rostro tuvo un aspecto humano, María necesitó apoyarse en el lecho donde habían instalado al herido. ¡Acababa de reconocer a su *aviador*! como ella había llamado siempre en su imaginación al capitán apuesto, que por dos veces cruzara con ella la palabra en los tiempos en que no era más que una pobre paria.

¿Y ella...? ¿Quién era ella?... ¿La esposa, la hermana, la novia, la prometida... la amante?

María no quiso pensar en aquellas cosas... Ahora no eran un hombre y una mujer lo que tenía ante sí; eran dos heridos que necesitaban de sus cuidados, y se los prodigó sin reservas, sin malquerencia, segura de que estaba cumpliendo una obra humanitaria y que su corazón, aunque se deshiciera, nada tenía que hacer en aquel asunto.

Pero mientras vendaba aquella cabeza herida por varios sitios, iba implorando en silencio:

—¡Dios mío, salvadle, que no se muera, salvadle!...

Doña Paula se ocupaba de la señora, que no presentaba ninguna herida grave; tenía el cuerpo magullado, contusiones en la cabeza, nada importante. Cuando volvió en sí del desmayo que le había producido el golpe y el susto, murmuró:

—¡Ha sido un milagro, un verdadero milagro... y un aviso de Dios!

—Ha sido verdaderamente un milagro, señora — dijo doña Paula, haciéndole beber agua de azahar—. Lo de usted ha sido un verdadero milagro...

—No nos ha dado tiempo a aterrizar... ¡Faltaban ya tan pocos metros para tomar tierra!... pero no



ha dado tiempo... nos hemos estrellado... Y él... ¿está muy grave?

—No sabemos nada todavía... No ha llegado el doctor... Pero tranquilícese... Dios hará el resto del milagro...

María no se movió del lado de Fernando. Cuando llegó el médico, le observó atenta mientras examinaba las heridas y fué siguiendo, en los trazos de su rostro enérgico, el efecto que le producía el estado del enfermo.

Ayudó a quitarle la venda, a hacerle la cura definitiva, los puntos de sutura, con una serenidad y una precisión que admiraron al joven doctor. Aquella mujercita era una gran mujer para estar a la cabecera de un enfermo.

Cuando la cura estuvo practicada, salieron de la habitación. María miró al médico con mirada interrogadora y viendo que éste se callaba unos momentos, preguntó con angustia:

—¿Está muy grave?

—Está grave, pero su estado no es desesperado. Es un hombre joven y fuerte. Hay que confiar en las grandes reservas de la naturaleza... Sólo que...

—¿Qué?... ¿Hay alguna posible complicación? —inquirió María, que estaba dispuesta a hacer lo que

fuese necesario con tal de que aquel hombre se salvara.

—No... Únicamente que el traslado podría tener consecuencias funestas... Es necesario que el herido no se mueva... Usted, señorita, tiene la palabra...

—Esta casa está a la disposición de ustedes todo el tiempo que sea necesario —replicó María, contenta de que toda la complicación se redujera a aquella cosa tan sencilla de resolver.

—Muchas gracias. Mandaremos una enfermera para que atienda al herido.

—No hace falta. Soy diplomada y pertenezco a la Cruz Roja —dijo María con digno orgullo.

—Como usted mande... Usted es la dueña de la casa... y a sus manos confiamos los cuidados del enfermo, seguros de que no le han de faltar en todos sus detalles.

—¿Y la señora? —preguntó doña Paula.

—La señora puede ser trasladada; no ofrece más que contusiones y un poco de conmoción, pero se la puede trasladar a su casa sin peligro alguno... Lo de usted, señora, ha sido un milagro —añadió el médico, dirigiéndose a Elisa que estaba recostada en el diván del saloncito de María.

—Sí, Doctor, es lo mismo que



he dicho yo en cuanto he recobrado el conocimiento. Si fuera usted tan amable de avisar por teléfono al 32468 vendrían a recogerme... Estas señoras han sido tan amables conmigo que no quiero molestarlas ya más.

—Cumpliré su encargo, señora... A sus pies.

Aquella misma tarde un auto elegantísimo vino a buscar a Elisa. María no quiso salir a despedirla, temía que la traicionaran los celos que sentía de aquella mujer que tan íntimamente estaba unida al hombre que ella, en silencio y románticamente, amaba desde muy niña.

Doña Paula hizo los honores a Elisa, la acompañó hasta el coche, la saludó atentamente, no hizo la menor alusión al parentesco que pudiera tener con el aviador o a las relaciones que les unieran, aunque de sobras veía la buena señora que algo había que ocultar, cuando la dama que se marchaba no hacía la más pequeña alusión al herido que allí quedaba, y se ofreció dignamente para cuanto pudiera venirle.

—No sabe cuánto les agradezco todas sus atenciones, señora. Muchas, muchas gracias de todo lo que han hecho por mí.

Subió al auto sin dar su nombre, sin ofrecer su casa, como si hu-

yera de ellas, como si se avergonzara de haber estado allí, como si temiera ser descubierta en algo que tenía mucho interés en ocultar.

Doña Paula movió la cabeza, comprensiva y triste, cuando la vio partir, porque comprendió que en el alma de aquella mujer se estaba fraguando una terrible tragedia, y entró de nuevo en la casa.

Elisa se apartó rápidamente del balcón desde donde había atisbado, por entre las cortinas, para que doña Paula no la sorprendiera en aquel acto de curiosidad, y se acercó a la cama del enfermo, de la que no se separaba más que en contados momentos.

—¡Ya se fué! —dijo doña Paula, entrando de puntillas.

—Ya... ¡Y ha logrado salvar su nombre!...

—¡Ah, hija mía, esas mujeres no se acuerdan del peligro hasta que las llega a herir en lo más vivo de su alma!... Créeme, debemos sentir compasión por ella, es una desgraciada.

—Quizá lo sea ahora... pero que no olvide que ha sido también una ladrona... ¿Se acuerda, maestra, de que yo afirmaba que esas mujeres eran ladronas?... ¡Y esa más que ninguna, porque a poco le roba incluso la vida a ese pobre muchacho!...



\* \* \*

María era dichosa, íntimamente dichosa, porque veía que, aunque con lentitud, el herido iba mejorando gracias al cuidadoso desvelo con que ella cumplía todas las órdenes facultativas.

Fernando se sentía revivir en aquel ambiente de calma, de paz, de amor, en aquel ambiente familiar, desconocido para él, que siempre había vivido solo y que siempre se había entregado a la trivialidad de los amores pasajeros que no forman un lazo definitivo en torno a la vida.

Ya podía ahora incorporarse en la cama y permanecer sentado algún rato; y charlaba con su enfermera, con aquella muchacha linda, amable, buena, que sabía hablar de todo y sabía callar a tiempo. Era la enfermera ideal, pensaba muchas veces Fernando, y pensaba también que debía ser muy dulce tener al lado, para toda la vida, a una mujer así, callada, inteligente, buena, activa...

El médico venía todos los días

a visitar al enfermo. Las primeras semanas habían sido angustiosas; pero ahora, conjurado el peligro, venía más por el placer de charlar un rato con el herido y su bellísima enfermera, que por necesidad de su profesión.

—El pulso está muy bien—dijo aquella tarde, después de haber examinado al enfermo—. Con hoy llevamos ya veinte días... ¿No es cierto, señorita?

—Veintiuno, Doctor — replicó María, sonriendo.

—¡Buena memoria!

—No son muchos... — dijo Fernando, que temía ponerse bien demasiado rápidamente—. Yo creo que esto va para largo, para muy largo, ¿no le parece, Doctor? — y le hizo un guiño gracioso para que asintiera.

—Creo que no para tan largo como usted desea — rió éste, amablemente.

—Yo llamento la mejoría... de veras, lo lamento... ¡Me encuentro tan bien aquí!... Esta señorita me



ha cuidado como si fuera su hermano.

—Vamos... ¿quiere callar y no comenzar de nuevo con elogios que no merezco? No he hecho más que cumplir con un deber de humanidad... ¿O quería que le dejara morir entre las llamas del avión, o que le mandara a su casa cuando el Doctor dijo que había peligro de muerte si se movía al herido?

—Por más que usted diga, yo siempre afirmaré que me ha curado un ángel.

—Me voy a enfadar de veras — replicó María, fingiendo ponerse muy seria — y no se mueva tanto, ¡ea!... Tiene usted que reñirle, Doctor. No hay manera de hacerle comer... Siempre dice que no tiene apetito...

—Pues hay que hacer un esfuerzo; es necesario alimentarse, estarse quietito y obedecer todas las órdenes de esta enfermera que se ha tomado tan a pecho la cura de su enfermo... Si encontráramos siempre tan buenas colaboradoras, los médicos tendríamos más de la mitad del trabajo hecho.

—Por Dios, Doctor... ¿usted, también? — murmuró María riendo halagada.

—No quiero molestarla, señorita, pero es usted la mejor enfermera con la que he tropezado en mi

larga carrera de médico. Hasta mañana. Creo que pronto mi presencia no será necesaria en esta casa.

—Hasta mañana, Doctor, y que no me olvide... Debe recordar que estoy muy enfermo... aunque a usted le parezca lo contrario — dijo Fernando con mimo, mientras miraba disimuladamente a María.

—¡Adiós, Doctor, le acompaño! —dijo ésta, sin fijarse en la mirada del aviador.

—No se moleste... conozco el camino.

—No faltaba más... le acompaño... así se estará quieto ese chiquillo.

Acompañó al doctor hasta la puerta del jardín, le estrechó la mano y luego paseó por los caminos lentamente, de regreso a la casa, cogiendo a su paso las flores más bellas que encontraba.

Estaba contenta. En veintidós días había logrado olvidarse de la que iba en el avión con Fernando en el momento del accidente. Aquella vida de constante trato con el herido le había hecho creer que ya nada más existía en el mundo y que aquella situación podría prolongarse indefinidamente.

Iba cortando flores, las rosas más bellas, las azucenas, las anémonas, los claveles... y formó un maravilloso ramillete que cogió en



una brazada, y entonces corrió hacia la casa, subió precipitadamente la escalera, entró como un torbellino en el cuarto del enfermo, y le dijo, con el rostro lleno de luz, con los ojos brillantes, la boca entreabierta por la alegría de vivir:

—¡Está el jardín que da gloria verlo... brotan flores por todos los rincones! ¡Mire, mire qué hermosura!... ¡Huela, huela qué perfume!... ¡Si se embriaga una de placer!

Le acercó el ramo a la cara para que se embriagara, pero a él no le embriagaba el perfume penetrante de las flores, sino la presencia de aquella criatura a la que cada día se sentía más unido por lazos inmatrimoniales. La miró, al verla tan cerca de sí, la miró con una mirada intensa, admirada, un poco triste, porque Fernando no sabía dónde andaba el corazón de María, y le dijo:

—¿No sienten las flores envidia al verla a usted?

—¿Envidia?... ¿Por qué la iban a sentir?

—Porque ven otra flor más bonita que ellas.

—¡Mira qué galante está hoy el señor!... ¿A que tiene fiebre? — le dijo con gracia, cogiéndole el pulso y consultando su reloj para contar las pulsaciones.

Fernando se rió con una risita un poco forzada. No había forma de que aquella mujer le tomara en serio, y siempre que intentaba hablar con ella un poco íntimamente, procuraba ella cortar la conversación con una de sus graciosas salidas.

—Es usted muy salada, muy graciosa — le dijo.

—Mueho... pero estése quieto... Prométame no moverse mientras voy a colocar estas flores encima del piano.

Puso María las flores en unos jarros, los distribuyó por la sala donde doña Paula solía estar leyendo o leyendo sus libros favoritos, y luego se sentó frente al piano, hizo unos arpeggios para comprobar la agilidad de sus dedos, y comenzó a tocar con profundo sentimiento, con maestría, el inmortal "Sueño de Amor" de Liszt.

Las notas brotaban de sus dedos vibrantes y románticas. Era como si toda el alma de María se escapara por ellas. Era como si todo su sentimiento se expresara en aquella melodía maravillosa que sabe despertar los más dormidos ecos del corazón.

Doña Paula escuchaba con recogimiento aquel grito del alma que diera, hace muchos años, el inmortal Liszt, aquel grito que repercutía



en los espíritus a través de los tiempos y que hoy venía a despertar en ella sus pasados ensueños, su muerte felicidad, su amor de niña, aquel amor que la había hecho mujer y que la muerte le había arrebatado.

También Ramón escuchaba en silencio la música, también a él aquella melodía le ponía triste, sin que supiera explicarse el porqué, y hasta "Tom", el gran amigo de María, sentado cómodamente sobre el sofá, escuchaba atraído por los acordes, que acaso también hallaran eco en su corazón de perro comprensivo e inteligente.

María se había abstraído tan por completo en la ejecución de aquella obra maestra del gran clásico que era su favorita, que no oyó la voz de Fernando que la llamaba:

—¡María!...

Impacientado el enfermo, volvió a gritar con más fuerza:

—¡María!... ¡María!... ¡¡¡María!!!

Calló el piano repentinamente y pronto la figura de María se destacó en el vano de la puerta.

—¿Me llamaba? — preguntó, presa aún de la turbación que le había producido la voz del hombre amado, en medio de aquella melo-

día que era toda ella un canto de amor y de esperanza.

—Sí, María, la he llamado, pero no me ha oído.

—Aquí estoy, prueba de que le he oído... ¿Qué desea?

—Que no toque usted más... y que me haga compañía... — murmuró el enfermo con mimo de chiquillo convaleciente.

—Precisamente tocaba para distraerle.

—Pero esa música me pone triste... ¡"Sueño de Amor"!... Es una pieza que sólo puede tocarse o escucharse cuando se está enamorado y se es correspondido...

—Es usted un niño loco... Entonces muchos concertistas no la podrían tocar... No creo que todos sean siempre tan afortunados... Pero, veamos, si no quiere que toque el piano, ¿qué quiere que haga?

—Lo que está haciendo... charlar conmigo.

María se sentó al lado de la cama, frente a él. El se la quedó mirando en silencio un largo rato, mirando como si creyera recordar algo, como si aquel rostro despertara en él una vida pasada.

—Es curioso... — murmuró, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Que no hago más que pensar



dónde la he visto antes de ahora...

—Hay muchos parecidos — replicó María vagamente.

—No, no, era ese mismo rostro... pero no sé dónde, ni cuándo, ni cómo... pero era ese mismo rostro...

—Quizá en la calle, en alguna reunión, en un baile, en el cine... ¡quién sabe! — rió ella.

Y se quedaron de nuevo los dos en silencio.

De pronto, Fernando, incorporándose un poco más, le preguntó así, como si fuera un escopetazo:

—¿Usted cree en el amor?

—“El amor es más fuerte que la vida”, dice el poeta — replicó María sin inmutarse.

—Contésteme usted concretamente... ¿cree en el amor?

—Creo en el amor... y estoy enamorada — contestó María, sincera y tierna.

—Yo también estoy enamorado

—añadió Fernando, mirándola con fijeza.

—¿De quién? — preguntó ella con un interés que no logró dominar.

—¡De una mujer! — suspiró Fernando—. ¡De una mujer...!

—¡Ah, sí, ya sé! — atajó María que presintió la declaración y que no quiso que fuera en aquel momento—. ¿Qué hora es? ¡Le toca la cucharada!

—¿Qué cucharada? — inquirió Fernando desconcertado.

—Abra usted la boca... A tomar la medicina sin replicar... Abra usted la boca.

—¿Pero por qué me da esta medicina, si hace ya tres días que no la tomo?

—A callar — dijo ella, apretándole las narices para que abriera la boca, como se hace con los niños chicos. Y le hizo tragar, quieras o no, el medicamento.



¿Ha adquirido usted ya

**Manón Lescaut**

el último éxito de

**Ediciones Bistagne?**

Pida esta novela a su librero.

**MANÓN LESCAUT**

por

ALIDA VALLI

y

VITTORIO DE SICA

*Foro de Balle yurda*



# **EDICIONES BISTAGNE**

**Las mejores novelas  
cinematográficas  
Las más antiguas  
en su género**

## **EDICIONES BISTAGNE**

**Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona  
Corresponsales en toda España**



